

BLACKOUT

SIMON SCARROW

BLACKOUT

Berlín, 1939



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Blackout*

Diseño de la sobrecubierta: *HiBooks*

Primera edición: mayo de 2022

© Simon Scarrow, 2021
© de la traducción: Ana Herrera, 2022
© de los mapas: Tim Peters
© de la presente edición: Edhasa, 2022
Diputació, 262, 2^o1^a
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6379-1

Impreso en Liberdúplex

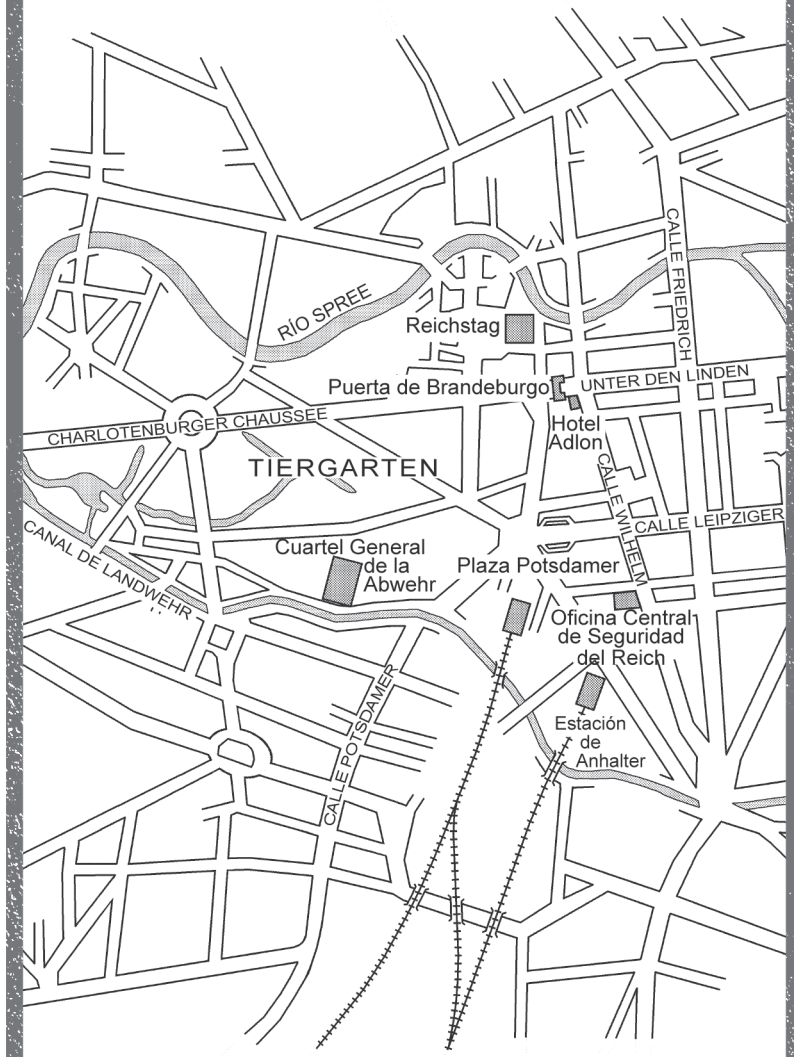
Depósito legal: B 10090-2022

Impreso en España

Zu meinem guten Freund, Peter Krämer

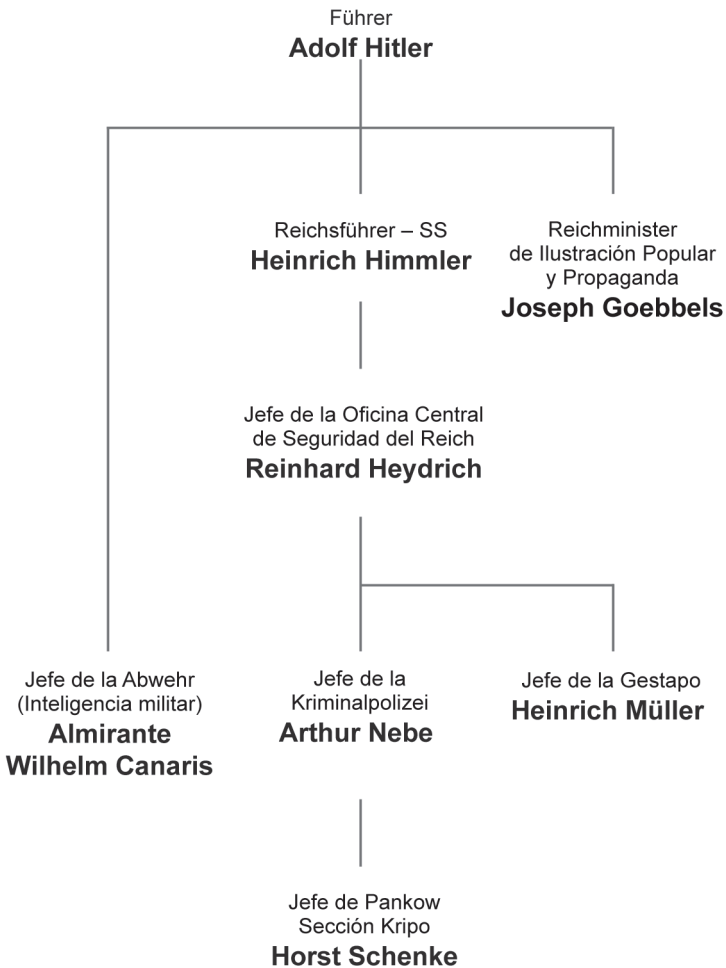
(«A mi buen amigo Peter Krämer»)

BERLÍN CENTRAL





LA CADENA DE MANDO



Prólogo

Berlín, 19 de diciembre de 1939

No hacía mucho que había empezado la fiesta de Navidad. Serían las ocho y media de la tarde, cuando aparecieron Gerda Korzeny y su acompañante. Una gruesa capa de nieve cubría las calles, y se sacudieron las botas para desprender el hielo antes de entrar en el vestíbulo, donde una doncella les recogió los abrigos y los gorros de piel. Gerda se quitó las botas y, tras dejarlas junto a la puerta, sacó de una bolsa unos zapatos de vestir con tacón y se los puso. Se miró en el espejo colgado en la pared del vestíbulo. Se alisó el vestido de cóctel, levantó los brazos y se pasó las manos un poco por el pelo, ordenándolo y colocándolo bien con las yemas de los dedos. Vio que su compañero sonreía detrás de ella, e hizo un mohín.

–Así está mejor –dijo ella–. Ya me siento más persona.

Él le sonrió y, agarrándola por el codo, se colocó a su lado. Ofrecía una imagen inmejorable con las botas negras relucientes y el uniforme pulcramente planchado.

–Hacemos muy buena pareja –dijo ella, levantando una mano enguantada para acariciarle la mejilla–. Lástima que no estemos casados. Entre nosotros, al menos.

La sonrisa de él desapareció mientras la conducía a través del gran vestíbulo. Ya estaban allí la mitad de los invitados; más de un centenar de personas pertenecientes a la alta sociedad de la ciudad se reunían en pequeños grupos, de pie, bajo

la brillante lámpara de araña que iluminaba la enorme sala. Camareros con chaquetillas blancas y camareras con delantal llevaban bandejas llenas de copas de champán de un lado a otro.

Las conversaciones y risas hacían eco en las altas paredes, mientras Gerda examinaba a la multitud en busca de caras familiares. Había personas de la industria cinematográfica a las que conocía por los años en que había sido una estrella de los estudios de la UFA. Algunos eran actores, como Emil Jannings, el hombre corpulento de frente amplia que se reía a carcajadas. También reconoció a algunos directores, así como a productores, guionistas y compositores. Desgraciadamente, muchos habían emigrado hacía mucho tiempo. La mayoría a Hollywood y algunos a otras naciones europeas, donde era menos probable que la política o la religión les supusieran problemas con las autoridades.

Además de la gente de la industria del cine, reconoció a artistas y escritores, a figuras destacadas del mundo del deporte y a los ricos alemanes que les hacían de mecenas, como el conde Harstein, en tiempos patrocinador del equipo de coches de carreras de los Silver Arrows. También había muchos invitados vestidos con el uniforme del ejército, la marina y las fuerzas aéreas, así como representantes del partido del Gobierno. Uno de estos últimos, un oficial de las SS, le devolvió la mirada con expresión fría.

–Dios mío, ese baboso de Fegelein está aquí... –murmuró Gerda, volviéndose hacia su compañero–. Por favor, procura que no se acerque a mí.

–¿Por qué?

–Porque, mi querido Oberst Karl Dorner, es un hipócrita odioso que me llamará la atención por engañar a mi marido; eso primero, y luego intentará seducirme. Preferiría no tener que aguantarlo esta noche.

–¿Y qué quieres que haga yo?

–Pues, si me molesta, lo que me gustaría es que fueras galante y le dieras un buen puñetazo.

—No estoy seguro de que sea sensato que un oficial del ejército dé un puñetazo a uno de los favoritos de Himmler.

—Entonces piensa en ello simplemente como un caballero que da una lección a un arribista sin escrúpulos.

—En otros tiempos, lo habría hecho encantado —respondió Dorner—. Pero ahora los arribistas gobiernan en Alemania, y no se sienten muy inclinados a permitir que lo olviden los que son mejores que ellos. Pero haré lo que pueda para mantenerlo ocupado.

Gerda sonrió.

—Sólo será una hora o así. Luego podemos irnos. Tengo la llave del piso de un amigo. No volverá a Berlín hasta Año Nuevo, así que el resto de la noche lo tendremos para nosotros solos.

Con una sonrisa en los labios, el oficial le cogió la mano y la besó.

—Espero ansioso ese momento. —Notó que ella temblaba con su contacto.

—¿No te gustaría estar conmigo cada noche, amor mío? —Gerda hablaba muy bajito para que sólo él pudiera oírla—. ¿No nos merecemos esa felicidad?

—Ya hemos hablado de eso —suspiró él—. Te lo he dicho, no voy a divorciarme de mi mujer hasta que pueda permitírmelo. Si tú dejas a ese imbécil con el que estás casada, no te dará ni un céntimo. ¿Y de qué viviremos entonces, eh?

Ella lo fulminó con la mirada.

—Nos tendremos el uno al otro. ¿No basta con eso para ti?

—Pues no. Y ciertamente, para ti tampoco. Con los gustos que tienes, no. ¿Por qué no dejamos que las cosas se queden como están y disfrutamos de lo que tenemos?

—Pero yo quiero algo más que pasar una tarde o una sobremesa contigo de vez en cuando. Te quiero a ti. Pero para ti yo no soy más que un buen polvo. ¿Acaso no es verdad?

Él se quedó parado, y luego sonrió fríamente.

—Quizá ni siquiera eso..., pero al menos eres un polvo fácil.

–Cabrón. –Ella lo apartó–. ¿Crees que eres el único hombre que me quiere? Ya verás...

Iluminó su rostro con una sonrisa y se dirigió a un grupo de invitados de la industria cinematográfica, a los que empezó a saludar.

–¡Leni!

Una mujer con traje pantalón, el pelo oscuro largo hasta el hombro y rasgos varoniles, le devolvió la sonrisa y abrió los brazos para darle la bienvenida. Intercambiaron besos, y luego Gerda saludó a otros y le presentaron a los pocos a quienes no conocía.

Dorner la miró un momento desde una esquina del vestíbulo y se dirigió a dos oficiales que estaban al pie de la amplia escalera que subía hasta una galería. Uno de ellos era el ayudante con el que trabajaba en su oficina de la Abwehr, la inteligencia militar alemana. El otro, el general Von Tresckow, mostraba las insignias rojas de un oficial del Estado Mayor. Aunque aún no tenía los cuarenta, lucía unas grandes entradas en el pelo que afeaban sus rasgos, hermosos por lo demás.

–Buenas noches, señor. –Dorner inclinó la cabeza ligeramente.

–Dorner, me alegro de verlo de nuevo –replicó von Tresckow–. Dígame, reconozco la cara de esa mujer. Ésa con la que ha llegado.

–Ya me imaginaba que sería así, señor. Es una actriz. O, al menos, lo era. Gerda se retiró del cine hace algunos años.

–¡Ah! ¡Así que es esa Gerda! Pero yo pensaba que era rubia...

–Entonces lo era. Pero su color natural es castaño.

El general miró hacia el grupo. Ahora se había apretado en torno a Gerda, que empezaba a desplegar su magnético encanto.

–Rubia o morena, es una mujer muy guapa. Afortunado usted...

–Sí, soy afortunado. –Dorner levantó su copa, dio un sorbo y se colocó entre su superior y Gerda–. Bueno, general, des-

pués de Polonia, ¿qué tiene planeado el Estado Mayor para el frente occidental?

Von Tresckow se echó a reír y lo señaló con un dedo.

–No tengo libertad para dar ningún detalle, amigo mío. Pero digamos, sencillamente, que nuestros amigos franceses y británicos se van a llevar un buen susto cuando llegue el momento.

El general empezó a ensalzar la superioridad de las armas y tácticas alemanas sobre las del enemigo, pero la atención de Dorner flaqueaba; sus pensamientos volvían a Gerda. No bastaba con que ella estuviera presente para calentarle la cama cuando su lujuria exigiese satisfacción. Era un hombre celoso, y no podía tolerar la idea de compartirla con nadie más. Era cierto que ambos estaban casados, pero ella le había asegurado que ya no dormía con su marido, un abogado nazi. Por su parte, Dorner había contraído matrimonio muy joven con una chica agradable que tenía una enorme finca al pie de las montañas Harz, pero que había resultado ser bastante aburrida. Y más comparada con una antigua estrella del cine como Gerda... Y ése era el problema: que debía elegir entre la comodidad que le daba la riqueza de su esposa y la sofisticación de Gerda. Pero deseaba ambas cosas.

Más invitados iban llegando, y el salón empezó a llenarse tanto que resultaba difícil mantener una conversación en medio del escándalo. Comenzó a sonar música de gramófono en la galería, una pieza alegre de una antigua cantante de cabaré aún tolerada por el partido.

Al final se agotó la charla insustancial del general, se apagó su voz y se marchó a buscar otra bebida. El ayudante de Dorner hizo un gesto de fastidio.

–Pensaba que no callaría nunca. Ese hombre no sabe para qué sirven las reuniones sociales. ¿Quién lo ha invitado?

–Pues no tengo ni idea, Schumacher. Pero no pienso aguantar que me siga aburriendo. Si vuelve, procure mantenerlo ocupado. Tengo que hablar con otra persona.

—¿Con su amiga Gerda? En su caso, no esperaría demasiado. —Schumacher hizo una seña hacia las espaldas de su superior.

Dorner se volvió, y sus ojos rápidamente se fijaron en el extremo más alejado del salón, donde bailaban varias parejas al son de la música. Gerda estaba entre ellos, con los brazos en torno a un joven esbelto con una chaqueta de terciopelo, sus cuerpos muy juntos y apretados entre sí. Por encima del hombro del joven, ella notó su mirada, y dio un fugaz beso en el cuello a su compañero de baile. Él la apretó un poco más aún contra su cuerpo, y su mano derecha se deslizó hacia su cintura.

—Maldita sea... —gruñó Dorner. Entregó la copa vacía a su ayudante y se introdujo entre la multitud, dirigiéndose hacia ella. La apartó del hombre, la cogió por los brazos y se inclinó para hablarle al oído. El joven, mientras, se alejó un par de pasos, sin saber muy bien cómo reaccionar. Claramente, la conversación era tensa, de modo que el muchacho retrocedió unos pasos más y se volvió hacia la multitud. Un instante después, Gerda se soltaba y corría hacia el vestíbulo. Dorner la miró ceñudo y la siguió.

En ese momento, Von Tresckow volvía hacia el pie de las escaleras con una botella de champán en una mano y una copa en la otra.

—Ah, ¿dónde ha ido Dorner? Quería explicarle más cosas.

—Creo que ha decidido irse temprano. —Schumacher levantó su copa en dirección al vestíbulo. Allí, Gerda ya se ponía el abrigo y las botas. Dorner se acercó a ella muy serio, pero ella lo rechazó cuando él intentó cogerle la mano, y se volvió hacia la puerta. Dorner apretó los puños y, cogiendo su abrigo y su sombrero, salió tras ella. Un sirviente cerró la puerta.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Von Tresckow.

—Pues no estoy seguro, señor. —Schumacher levantó su copa y dio un sorbo—. Pero yo diría que esta noche se avecinan problemas...

* * *

Ya fuera de la casa, Gerda echó a correr para poner algo de distancia entre ella y su amante. Las botas crujían sobre la fina capa de nieve fresca que había caído mientras estaban en la fiesta. El cielo estaba claro, y las estrellas relucían sobre su negrura de terciopelo.

–¡Espera! –gritó él–. Pero ¿qué estás haciendo? ¡Gerda!

Ella no se paró aunque oía sus rápidos pasos detrás. Había llegado al final de la calle cuando él la agarró por el brazo, obligándola a detenerse y volverse a mirarlo. Tenía una expresión iracunda y los labios, apretados, formaban una fina línea.

–¿Cómo te atreves a humillarme de esta manera? –murmuró con voz tranquila pero cargada de ira. Su aliento olía a brandi.

–¿Que cómo me atrevo? –Gerda soltó una risa amarga–. ¿Quién demonios te crees que eres? Te he ofrecido mi corazón. Te he dicho que lo abandonaría todo por estar contigo. Y tú me has hecho creer que sentías lo mismo.

–Yo nunca te he prometido nada...

Ella se lo quedó mirando y sacudió la cabeza tristemente.

–Karl, no eres más que un mentiroso y un traidor, como todos los hombres que he conocido. Me sedujiste y me incitaste a hacer planes para un futuro que no pensabas compartir conmigo. Te desprecio...

Él se movió tan deprisa que el golpe la pilló por sorpresa. El dorso de la mano de Dornier impactó en su mejilla. Los ojos de Gerda soltaban chispas cuando, tambaleándose, notó el sabor de la sangre en la boca.

–Hijo de puta...

Él se quedó helado, sobrecogido por haber perdido el control. Su expresión se retorció un momento, y luego meneó la cabeza.

–Gerda..., perdóname.

–¡Déjame en paz! –gritó ella, retirándose. Lo señaló con un dedo–. Se ha terminado. Hemos terminado, ¿me oyes?

–No, cariño. No se ha terminado... –Dorner avanzó hacia ella con una sonrisa dolorida y los brazos abiertos para abrazarla–. Lo siento mucho. Perdóname.

–¡No! Si te acercas más a mí, chillaré como una loca. De verdad que sí. Y, cuando llegue la gente, diré que me has atacado. Que has intentado violarme.

Él se quedó quieto, alarmado.

–No harás semejante cosa...

–Prueba y verás –repuso ella, desafiante–. Y todo Berlín sabrá qué tipo de hombre eres.

–Por favor, no...

Gerda lo miró con desdén, luego dio unos pocos pasos hacia atrás, se volvió y echó a correr rápidamente en dirección a la estación más cercana, Papestrasse, donde podría tomar la ruta más directa a casa. El corazón le latía muy rápido, y la mejilla le dolía por el golpe que había recibido. Si le salía un hematoma, tendría que pensar cómo explicárselo a su marido. «Aunque él tampoco está en contra de someterme a base de golpes», reflexionó amargamente.

No oía a nadie por detrás de ella, ni tampoco los gritos de su amante pidiéndole que lo esperara y que cambiara de opinión. A cada paso, su resentimiento por la falta de voluntad de Dorner de luchar por ella iba en aumento. Aunque lo había reprendido, esperaba que intentara hacerla cambiar de opinión. En realidad, quería estar con él. Sólo con él. Y necesitaba que él la quisiera también. Y por eso había intentado provocar sus celos en la fiesta.

Gerda siguió su camino por la amplia avenida que conducía hacia la estación, pasando de vez en cuando junto a otros viandantes que, como ella, paseaban en la noche helada. Algunas figuras oscuras, enfundadas en sus abrigo, se recortaban contra el fondo apagado de la nieve y el hielo. Cuando ya se aproximaba a la entrada de la estación, vio el resplandor rojizo de un cigarrillo encendido entre las sombras de una arcada que conducía al patio de un comerciante. Ins-

tintivamente, intentó esquivar al fumador. Entonces, una voz ronca se dirigió a ella:

—¿Cuánto?

Aceleró el paso. Todavía le faltaban unos cien metros para entrar en la estación y, aterrada, se dio cuenta de que no había nadie más en toda la calle. Maldijo a Dorner por no haber corrido tras ella.

Oyó una ligera tos y, al mirar hacia atrás, vio el débil fulgor de la punta del cigarrillo, al tiempo que el desconocido salía de su refugio de la arcada y empezaba a seguirla. Apretó el paso, pero él se acercaba con rapidez. El miedo se apoderó de ella y echó a correr, pero entonces un hombre de uniforme apareció en la puerta de la estación.

—¡Eh! —lo llamó, moviendo el brazo y corriendo—. ¡Usted!

El hombre se detuvo y se la quedó mirando. Era un revisor de tren.

—¿Señorita? ¿Qué le ocurre?

—Hay un hombre. —Ella señaló hacia la acera. Pero no había nadie allí, ni siquiera el revelador brillo de la punta del cigarrillo.

—¿Qué hombre? —preguntó el revisor.

—Estaba ahí. Me venía siguiendo.

—No veo a nadie. —El revisor la miró fijamente—. ¿Está usted segura, señorita?

—Yo... —Gerda respiró hondo—. No importa. Es igual.

—No se preocupe, señorita —se rio—. Es fácil confundirse en una noche tan oscura. La gente se imagina cada cosa. Créame.

—No, no me lo he imaginado —soltó ella—. Perdone.

Pasó por su lado y se dirigió a la sala de espera del andén de los trenes que iban a la Anhalter. Los restos de un fuego se extinguían en una rejilla de hierro, y la sala estaba agradablemente caldeada. Los únicos ocupantes, aparte de ella, eran un hombre gordo que llevaba ropa de trabajo y una mujer delgada y de aspecto frágil que Gerda supuso que sería su esposa. Intercambiaron un breve gesto con la cabeza, pero no dijeron

nada. Gerda miraba cada pocos minutos por la ventanilla del andén, pero no volvió a ver ni rastro del hombre que la había seguido.

Al cabo de diez minutos, el tren entró en la estación, y los tres se encaminaron al andén. El supuesto matrimonio se dirigió al penúltimo vagón, pero Gerda decidió subir en el último y escogió un asiento que daba a la parte trasera del tren. Se cerraron unas cuantas puertas, sonó un silbato, y el tren se puso en movimiento con una sacudida. Mientras salía traqueteando de la estación y se adentraba en la noche, a través de la oscurecida periferia de Berlín, Gerda se arrellanó en su asiento y levantó el borde de la persiana para atisbar en la oscuridad. Estaba furiosa con Dorner, y juró recuperarlo o bien vengar su orgullo herido.

Sonó un clic y entró una ráfaga de aire, y luego la puerta que unía los vagones se cerró de nuevo. Ella soltó el borde de la persiana y se volvió. Había entrado un hombre en el vagón. Sus ojos se abrieron mucho al reconocerlo.

—Tú.

Capítulo uno

20 de diciembre de 1939

La pareja, de cuarenta y tantos años, permanecía sentada en unas sillas frente a la estufa de la habitación más grande de las dos que tenía el apartamento. Llevaban días muertos; la piel de sus rostros estaba blanca, con un ligero brillo marmóreo, como de cera. Ambos iban casi desnudos, sólo una camiseta mugrienta y un calzoncillo, respectivamente. El resto de la ropa estaba tirada junto a las sencillas sillas de madera. La estufa guardaba una montaña de cenizas, y el hierro fundido estaba frío al tacto. El aire de la habitación se notaba por debajo de la temperatura de congelación cuando el primero de los policías abrió la puerta de una patada. Sintieron más frío aún cuando abrieron a toda prisa la ventana para dispersar el humo que todavía se concentraba en el pequeño apartamento.

El sargento Kittel estaba de pie junto a la estufa. A pesar del abrigo, los guantes y la bufanda, temblaba de frío y daba golpes en el suelo con los pies para intentar mantenerlos calientes. Impaciente, sacaba cada pocos minutos un reloj de bolsillo y miraba las manecillas. El único sonido en la habitación era el tictac de un reloj en un estante estrecho, junto a la estufa. Los ruidos de la calle quedaban amortiguados por la espesa nieve que cubría el suelo. Pero sí podía oír las conversaciones de los otros residentes del bloque de apartamentos en las escaleras y en el rellano, junto a la puerta. Exhalando el aliento en

forma de nubecilla, fue hasta el vestíbulo y cruzó la puerta del apartamento, que ahora tenía astillas y un agujero donde antes había estado la cerradura. Dos policías más vigilaban junto a la entrada, y más allá, en el rellano, Kittel vio un montón de caras de curiosos.

–¡Denicke! ¡Saque a esos idiotas chismosos! No hay nada que ver aquí. –Se dio la vuelta–. No, espere. Que se quede la portera. Los demás pueden irse a casa, donde estarán más calentitos.

El policía asintió, pero, antes de que pudiera llevar a cabo las órdenes, el superior habló de nuevo:

–¿Hay señales de los investigadores criminales?

–Todavía no, señor.

–Umm... –Kittel gruñó, irritable. Se volvió al otro policía uniformado–. Baje a la entrada y abra bien los ojos. En cuanto llegue el oficial de la Kripo, hágalo subir de inmediato, antes de que nos congelemos todos.

Mientras Denicke sacaba su porra y hacía retroceder a la pequeña multitud, su colega pasó como pudo por entre la gente que abarrotaba el rellano y bajó los cuatro tramos de escaleras hasta la planta inferior. Kittel miraba a los vecinos con una expresión dura, como desafiándolos, y le gratificó ver que nadie se atrevía a mirarlo a él a los ojos; al contrario, se daban la vuelta y se dirigían a sus apartamentos. Estaba bien comprobar que reaccionaban tan dócilmente a la autoridad. El poder del Estado no se puede cuestionar si uno quiere asegurarse la victoria en la guerra.

«No como la última vez», se dijo el sargento. Había luchado los dos últimos años de la Gran Guerra, para luego volver al caos político que se había apoderado de Berlín. Los rojos alborotaban en las calles, exigiendo una revolución. Aunque los soldados que volvían del frente pronto pusieron fin a todas esas tonterías. Él formaba parte de las bandas armadas que se habían enfrentado a los comunistas, aporreándolos y abatiéndolos a tiros para restablecer el orden en la capital. Aquella vez

nadie lo apuñalaría por la espalda. Además, la nueva guerra ya estaba prácticamente terminada. Polonia había quedado aplastada, engullida por Alemania y su aliada rusa, y sólo era cuestión de tiempo que Francia y Gran Bretaña viesen la futilidad de otro conflicto, más cuando la causa para éste ya no existía. Aunque franceses y británicos decidieran luchar, la victoria estaba lejos de ser segura.

Kittel se encogió de hombros, despectivo, y se frotó las manos. Decidieran lo que decidieran los gobiernos de Europa, por ahora existía un estado de guerra. Era deber de todos los oficiales de Alemania asegurarse de que se mantenía la disciplina.

Al volver al salón, examinó aquella humilde morada. Era el típico apartamento de las familias trabajadoras más pobres del distrito de Pankow. Tenía un salón con una diminuta cocina americana; un baño con lavabo y bañera, y dos dormitorios, de los cuales el más grande tenía apenas espacio para dos camas individuales, que estaban perfectamente hechas. En el mismo estante que el reloj, vio un marco de plata con una foto de la pareja; estaban sentados con un par de jóvenes uniformados de pie tras ellos, y los cuatro tenían una expresión de solemnidad formal, propia de un retrato de familia.

Por un momento, el corazón del sargento se ablandó un poco; aquellos dos soldados pronto recibirían un telegrama informándolos de la muerte de sus padres. Tal era la ironía de la época: que ellos hubiesen ido a enfrentarse a balas, obuses y bombas, y permanecieran sanos y salvos mientras que sus parientes morían en casa.

La otra foto enmarcada que había en el piso, aparte de aquélla, mostraba una sencilla cabaña de troncos ante un fondo de montañas nevadas y el ubicuo retrato del Führer, con la mano en la cadera e inclinado hacia delante, mirando al frente.

Un coche pasó por la calle. Kittel se acercó a la ventana abierta y vio un automóvil negro de los reservados para los oficiales de policía. La portezuela del asiento delantero se abrió,

y salió un hombre vestido con un abrigo gris oscuro y sombrero de fieltro negro. Se inclinó a decirle algo al conductor, y luego, tras cerrar la puerta, se quedó observando el bloque de pisos. Pronto su mirada se encontró con la del sargento, justo cuando el policía que esperaba en la entrada se le acercó, y el recién llegado bajó la cabeza para responder al saludo. Después, caminó por la acera hasta la entrada del edificio y desapareció de la vista.

Al oficial de la Kripo le costó más subir las escaleras de lo que hubiera imaginado Kittel, quien se dio cuenta de la leve cojera del investigador en cuanto éste cruzó el rellano y entró en el piso. Su aliento era fatigoso. Como el otro policía, llevaba un abrigo grueso, bufanda, sombrero y guantes, pero Kittel notó un aire de eficiencia y franqueza en su porte mientras se quitaba la cadena y le enseñaba su placa de metal. En un lado, un águila encima de una esvástica y rodeada por una corona de hojas de roble; en el otro, la palabra *Kriminalpolizei* y su número de identidad.

–Inspector criminal Schenke, comisaría de Pankow –anunció el recién llegado, inclinando levemente la cabeza. El sargento respondió del mismo modo, al tiempo que lo examinaba. El inspector tenía los hombros anchos, aunque su cuerpo, debajo del grueso abrigo, parecía delgado. Su esbelta cara podría pertenecer a un hombre de una edad entre los veintitantos y los cuarenta.

–Sargento Kittel, comisaría de Heinesdorf.

–Ha elegido una mañana muy fría para llamarme, sargento. –Schenke sonrió un poco, sugiriendo que no carecía de humor–. Pero lo cierto es que, con este tiempo, todas las mañanas son frías.

El invierno golpeaba con fuerza Berlín. La temperatura se mantenía en grados negativos desde la semana anterior, y seguía cayendo día tras día. El tiempo más duro se había visto acompañado por una fuerte ventisca que había cubierto la ciudad con más de veinte centímetros de nieve. Algunos periódicos

cos ya informaban de que aquél iba a ser uno de los inviernos más fríos desde hacía muchas décadas. «Cosa mala de por sí en tiempos buenos», pensó Schenke, «pero, en medio de una guerra, el invierno es una prueba más, junto con el racionamiento, la escasez de carbón y el oscurecimiento de la ciudad en cuanto se pone el sol».

Desde última hora de la tarde hasta el amanecer del día siguiente, la noche se tragaba las calles y los berlineses se veían obligados a andar a tientas. Además, existía el peligro de chocar con los vehículos, tropezar con el bordillo o caer escaleras abajo. La oscuridad, sin embargo, proporcionaba una oportunidad para alguno; era menos probable, por ejemplo, que las prostitutas atrajeran la atención y el oprobio de la policía o las patrullas de las Juventudes Hitlerianas. También daba cobijo a actividades más siniestras; los robos, asaltos y asesinatos habían aumentado significativamente desde el principio de la guerra, cuatro meses antes. Cada noche, la capital se convertía en un lugar negro y peligroso, y los que se aventuraban a salir miraban precavidamente a su alrededor, temerosos de que alguien pudiera sorprenderlos desde algún callejón o algún portal resguardado.

—¿Qué tenemos aquí? Lo único que me han dicho es que había unos cuerpos.

—Dos, señor. Rudolf y Maria Oberg. Por ahí. —Kittel se apartó para dejar que el inspector entrase en el salón. Tras colocarse cada uno a un lado de la estufa, frente a los cadáveres, Schenke los examinó con calma, y luego miró detenidamente las ropas que estaban tiradas en el suelo y el resto de la pequeña habitación.

—¿Qué información tiene hasta el momento?

El sargento sacó su libreta de notas y la hojeó con los dedos enguantados.

—Un vecino vino a la comisaría ayer a informar de que Oberg no había aparecido por el trabajo la última semana. Están en el mismo turno, en la fábrica Siemens. La mujer del vecino es la portera. Está esperando fuera. Llamó a la puerta ayer,

pero no le respondieron, de modo que su marido vino a verlos. Nuestro jefe de equipo nos ha enviado a primera hora de la mañana para que nos hiciéramos cargo. No hemos conseguido que nos abrieran, y entonces hemos forzado la puerta. Nos hemos encontrado a los Oberg tal y como los ve ahora mismo.

Schenke se inclinó hacia delante para inspeccionar los cuerpos más de cerca.

—¿Y ha decidido implicar a la Kripo? ¿Por qué?

Kittel levantó una ceja e hizo un gesto hacia las ropas extendidas por el suelo.

—Si esto no es sospechoso, ¿qué sería sospechoso entonces? ¿Quién se quita la ropa con una temperatura como ésta?

—Bueno, ¿estaba la ventana abierta cuando entraron en la habitación?

—No. No tenía puesto el pasador, pero sí que estaba encajada en el marco. Hemos tenido que dar un tirón para abrirla. Mi primera hipótesis fue que se hubieran asfixiado por el humo de la estufa. Se han dado unas cuantas muertes ya por esa causa desde que empezó el invierno.

Schenke lo miró fijamente.

—¿Pero?

—Pero tienen la piel muy blanca, y hay señales de congelación en los dedos de manos y pies. Si hubiera sido el humo tendrían las mejillas rojas, señor.

—Sí, claro. —El inspector se agachó entre las dos sillas y examinó de nuevo a la mujer. Tenía el pelo oscuro y sujeto en un moño, y estaba sentada con la cabeza gacha, de modo que bajo la mandíbula se le formaban pequeños rollos de carne. Tenía los ojos cerrados y una expresión pacífica, como si se hubiera quedado dormida. El marido, por el contrario, se mantenía muy erguido, con los delgados brazos rodeando con fuerza sus rodillas desnudas. Tenía la cara contorsionada, los labios contraídos en una mueca y los ojos cerrados con fuerza. El pelo gris formaba un fleco en torno a la coronilla, y tenía un corte y una mancha de sangre seca en la parte posterior de la cabeza.

–Si no ha sido el humo, ¿qué cree que ha podido pasar aquí, Kittel?

Kittel se removió, incómodo. Schenke se dio cuenta de que el hombre no estaba a gusto y no tenía deseo alguno de dificultarle más las cosas, pues tal vez fuera aquélla una línea de investigación difícil. El deber de un policía era pensar en todas las posibilidades.

–Vamos, hombre, suéltelo.

–Podría ser un robo. Hay unos cuantos gitanos en Berlín, señor. Y ya sabe usted cómo son. Unos indeseables. Hay una banda local que actúa junto al antiguo almacén de la Siemens. Esos ladrones hijos de puta nos tienen ocupados todo el tiempo. Ha habido muchísimos atracos desde que empezaron los apagones, señor.

–Muy cierto –afirmó Schenke. La Kripo había recibido instrucciones de tomar medidas contra los robos. Las órdenes procedían del propio Heydrich. El jefe de la Oficina Central de Seguridad del Reich, recién nombrado, estaba deseando demostrar que el régimen imponía la ley de una manera eficiente y despiadada–. Y usted cree que quizá los atracadores han atacado a estas personas, las han matado y las han dejado así. Pero, ¿por qué cree que han desnudado a las víctimas?

–Pues no sabría decírselo, señor.

–¿No? Si nuestros ladrones no estaban aquí sencillamente para robar las patéticas cosas que podían llevarse de este piso, porque tal vez tuviesen otros siniestros motivos, se esperarí­a que la mujer estuviese desnuda, ¿verdad? Pero el marido, no...

Kittel asintió con la cabeza. El inspector se quitó el sombrero y se alisó un poco el pelo castaño claro. «Así resulta más fácil calcular su edad», pensó Kittel, «tiene treinta y pocos». No llevaba el pelo corto conforme a la moda de los que habían servido en el ejército o las SS, sino bien cortado, con un largo convencional. Tenía la frente amplia, y sus ojos parecían mucho más hundidos de lo que eran en realidad. La nariz delgada, los

labios con las comisuras ligeramente curvadas hacia abajo. Se volvió a poner el sombrero e hizo un gesto hacia los Oberg.

–No siempre tienen por qué ir contra la mujer, sargento. Debemos mantener la mente abierta, ¿eh?

–Si usted lo dice, señor...

Schenke cruzó los brazos y pensó un momento.

–Tenemos dos cadáveres, los dos desnudos, y una herida en la cabeza del hombre.

–Que puede haber sido infligida en una lucha contra los gitanos o quienquiera que hiciera esto.

–Posiblemente –afirmó Schenke–. Aunque no parece fatal, ni siquiera incapacitante. El cuero cabelludo está algo desgarrado, pero apenas hay hematoma. ¿Lo ve? –Miró de cerca la herida y luego a su alrededor, por toda la habitación, hasta que señaló al suelo, junto al estante en el cual se encontraban el reloj y el retrato familiar con marco de plata–. Ahí hay unas cuantas gotas de sangre.

Se acercó y examinó el gastado borde de la esquina del estante. Un borrón oscuro atrajo su atención y, con una camisa que estaba en el suelo, frotó la madera. Se tiñó con una mancha de un rojo oscuro.

–Más sangre. –Se incorporó–. A ver qué nos puede contar la portera de todo esto. Que la traigan aquí.

–¿Señor? –dudó Kittel–. ¿Que venga a la escena de un crimen?

–Todavía no hemos establecido que se trate de la escena de un crimen. Eso podría cambiar según lo que tenga que decir la portera.

Cuando Kittel salió de la habitación, el inspector se acercó a la ventana y examinó el cerrojo. Era viejo y gastado, y la agarradera estaba suelta en el marco, de modo que tuvo que hacer tres intentos antes de conseguir cerrar la ventana. A través del manchado cristal, miró hacia arriba, al cielo gris, veteados con rastros de humo de las chimeneas de los que todavía tenían carbón que quemar. Más allá de la neblina, los tejados

y calles de la capital yacían bajo una espesa capa de nieve que podría haber llenado de alegría su corazón de no ser por la guerra y los dos cadáveres que había en la habitación.

–Señor. Frau Glück.

Schenke se apartó de la ventana. La luz incidió en los cuerpos. La mujer, una anciana, se llevó una mano a la boca.

–¡Dios nos ampare!

Schenke contempló su reacción un momento, hasta que se dio por satisfecho al comprobar que era espontánea.

–Me temo que para algunos ya es demasiado tarde... –le dijo–. ¿Es usted la portera de este edificio?

Ella seguía mirando los cadáveres, con los ojos muy abiertos y temblando; el inspector dudaba si por la conmoción o por el frío. «Lo más probable es que sean las dos cosas», calculó.

–¿Frau Glück? –levantó la voz un poco más, y ella apartó la mirada de los cadáveres y asintió–. ¿Conocía usted bien a los Oberg? ¿Como amigos? ¿Como vecinos solamente?

Ella tragó saliva antes de responder.

–Nos parábamos a charlar de vez en cuando. Yo vigilo siempre bien quién entra y quién sale de aquí. Mi marido es el guardián de la manzana, para esta calle. Nuestro trabajo consiste en vigilar a la gente.

–Pues sí. –Schenke trataba con oficiales de baja graduación habitualmente. Eran una fuente de información muy útil, y también eran entrometidos y dados a usar su limitada influencia para saldar cuentas con los vecinos que les caían mal. Su instintivo disgusto por esos fisgones se veía más alimentado aún por las dificultades que tenía con el guardián de su propia manzana, un ingeniero municipal que se había pasado al bando nazi sólo dos años antes y que estaba haciendo todo lo posible por demostrar al partido su ferviente devoción. A pesar del enfado que le provocaba el sistema de guardianes de manzana, Schenke reconocía que tenía su utilidad a la hora de suministrar información a la policía–. Entiendo que su marido trabajaba con Oberg, ¿verdad?

–Sí... Es decir, que Herr Oberg trabajaba para mi marido.
–Ella enderezó ligeramente la espalda–. Es supervisor de turno, ¿sabe? Por eso notó la ausencia de uno de sus hombres.

–Y, sin embargo, tardó algunos días en hacer algo al respecto. Si no se hubiera retrasado, se podrían haber salvado dos vidas.

Ella abrió la boca, dispuesta a protestar, pero se encontró con una mirada fulminante de los ojos castaño oscuro del inspector, así que bajó la vista.

–Mi marido es un hombre muy ocupado. Tiene responsabilidades. No puede estar pendiente siempre de todo el mundo.

–Pues precisamente ésa es la responsabilidad de un guardián. –Schenke respiró profundamente, sabiendo que la mujer se sentiría incómoda–. Esperemos que Herr Glück se haga cargo mejor de su rebaño en el futuro. Bien, ¿tenían desacuerdos los Oberg con los vecinos? ¿Con alguien de la calle? ¿Alguien podía tener rencillas con ellos?

–No, que yo sepa. La mayor parte del tiempo iban a lo suyo. Se trasladaron a esta zona hace quince años, con sus hijos. Unos chicos muy agradables, me parecía a mí. Siempre educados, respetuosos. Se quedarán destrozados.

–Imagino que sí. –Schenke se cogió las manos a la espalda–. Eso es todo por ahora. Si hay algo más que queramos preguntarle, nos pondremos en contacto con usted. Gracias por su cooperación, Frau Glück.

Ella lo miró con una mezcla de sorpresa y decepción, y estaba a punto de hablar cuando él le hizo un breve gesto señalando hacia la entrada del piso.

–Puede irse.

El sargento Kittel esperó hasta oír los pasos que bajaban las escaleras para hablar:

–Señor, ¿no podríamos sacar más de esa mujer?

–¿El qué, exactamente? Si alguien sospechoso hubiese entrado en el edificio, habría venido corriendo a decírnoslo. Conozco a este tipo de gente. Es lo bastante entrometida para

saber lo que hacen todos y cada uno en la calle. Estoy seguro de que no puede ayudarnos más. Además, no ha habido ningún crimen aquí.

Las peludas cejas de Kittel se levantaron. Hizo un gesto hacia el cuerpo del hombre.

—Señor, si no ha sido el humo el que los ha matado, ¿qué ha sido? Yo digo que es un crimen. Y que es obra de algún enfermo, un pervertido degenerado. Por eso he llamado a la Kripo. Por eso está usted aquí —continuó, con un ligero desdén—. Se supone que ustedes son los listos, los que saben más que nosotros. Si no son capaces de ver un crimen cuando hay pruebas justo debajo de sus narices, entonces, ¿para qué sirven a las fuerzas policiales y al Reich?

Schenke hizo un esfuerzo por no reaccionar. La mayor parte de los oficiales y los hombres de la Kripo todavía se veían a sí mismos como profesionales por encima de la política. Era una actitud que no los congraciaba precisamente con la mayoría de las fuerzas policiales de la capital, que apoyaban al partido y a su líder. Desde que habían llegado al poder, los nacionalsocialistas se habían propuesto librarse de los oficiales de policía que no abrazasen su ideología. Pero la Kripo se había ganado a pulso su experiencia y profesionalidad, y sus oficiales habían resultado ser muy difíciles de reemplazar. Aunque ni siquiera las legendarias habilidades de su antiguo comandante, el doctor Bernard Weiss, habían bastado para salvarlo. El hecho de que fuera judío había superado toda su brillantez y la larga lista de éxitos que había cosechado contra los criminales. Ahora, Schenke se encontraba frente a uno de los que apoyaban al partido; ese tipo de hombres que miraban con desdén a los intelectuales, y a los que satisfacía ver sus ideas aplastadas por el nuevo régimen. Sería mejor no enfrentarse a la política de Kittel. Sería mejor recurrir simplemente al rango.

—Sargento, se está sobrepasando. Soy su superior, y tiene que respetar eso. No toleraré ningún tipo de insubordinación por parte de nadie. Y le digo y le repito que no se ha cometido

ningún crimen. –Se volvió hacia los cadáveres–. Tiene usted razón, su muerte no la causó el humo. Pero está equivocado en todos los demás aspectos. No hay señal alguna de robo. Ni atisbo siquiera de que se buscaran objetos de valor. Y una de las primeras cosas que se habría llevado un ladrón es el marco de la foto. No, no la del Führer. La otra, la que tiene un marco de plata. Así que no hay pruebas de ningún atraco.

–Pero el corte en la cabeza... –Kittel bufó.

–... es consecuencia de una caída. Sin duda, causada cuando Herr Oberg se encontraba en el estado de delirio previo a su muerte. Quizá cuando se quitó la ropa.

–Ahora está diciendo tonterías, inspector. ¿Qué persona se quitaría la ropa con este tiempo tan frío?

–Alguien que se está muriendo de hipotermia. –Schenke miró a un cuerpo y otro con expresión de lástima–. Murieron de frío. No hay combustible para la estufa. Es probable que hubiesen quemado el último carbón unos días antes. Mire el cierre de la ventana, está estropeado. Me atrevería a decir que se abrió y cerraba sola desde hacía ya tiempo. Es probable que Oberg intentase asegurar la ventana en un estado de confusión, por culpa del frío. A veces, ya cerca del final, los moribundos notan que están ardiendo, y por eso se desnudaron. Por supuesto, eso no hace más que acelerar el fin, como ocurrió en este caso. Y si la temperatura sigue así de baja mucho tiempo más, veremos otros casos similares.

Hizo una pausa. Se irguió y asintió.

–Fue el frío, sargento. No unos ladrones ni unos gitanos. Sólo el frío. No es un trabajo para la Kripo. Tendrá que escribir el informe. Y la próxima vez espero que se lo piense dos veces antes de llamarnos.

Inclinó la cabeza como despedida, y el policía retrocedió para dejarlo pasar, amagando con levantar el brazo.

–*Heil...*

Pero Schenke ya había salido, acelerando el paso para evitar intercambiar el saludo del partido. Siempre le había pa-

recido barato y teatral, como otras tantas ceremonias del nacionalsocialismo que pretendían seducir a sus seguidores gracias al dramatismo y el espectáculo.

Mientras bajaba las escaleras llevaba el ceño fruncido. De vuelta a su oficina en la comisaría se daría cuenta de que había perdido unas dos horas, un tiempo que podía haber dedicado a ocuparse de una investigación en marcha sobre una banda de falsificadores de cupones de racionamiento. Y todo porque el sargento quería una nueva excusa para cebarse con los gitanos del distrito.

Al final de las escaleras pasó ante la puerta abierta del piso de la portera. Frau Glück estaba de pie en el umbral. Él se tocó el ala del sombrero y salió a la calle, ahora muy iluminada.

Aunque el cielo estaba nublado, el resplandor de la nieve lo obligó a entrecerrar los ojos. El conductor había dejado el motor en marcha, en contra de las normas de ahorro de combustible, para mantener en funcionamiento la calefacción del coche. Schenke se introdujo en el asiento del pasajero sin hacer comentario alguno, agradecido por el calor dentro del vehículo. De inmediato, el conductor metió la marcha del Opel, y el inspector echó una última mirada a la fachada gris del bloque de pisos. La portera había salido del portal y estaba de pie junto a la entrada; sus ojos se encontraron. No podía estar seguro, pero le pareció notar cierta culpabilidad en su expresión. Y así tenía que ser. En Berlín había sobrevenido un invierno terrible, y el deber de todos los habitantes de la capital era cuidarse unos a otros en los helados días que se avecinaban. Si algo se había conseguido con aquella distracción sin sentido, Schenke esperaba que fuera que Frau Glück y su marido se ocupasen mejor de sus vecinos.

—¿De vuelta a la comisaría, señor?

—Sí. Y vaya despacio. Hay hielo en las calles.

«No tiene sentido añadir más nombres a la lista de víctimas del invierno», pensó Schenke. «Ningún sentido, en absoluto».